

Alberto Adriani

La crisis política actual y el Estado orgánico

Alberto Adriani, nombre nuevo para los lectores de ATENEA, es un joven escritor venezolano que sigue en Londres sus estudios de Ciencias Sociales y Económicas. Aunque algunas de sus ideas sobre el fascismo y el nacionalismo abren ancho campo a la discusión, el interesante trabajo que publicamos revela un serio conocimiento de la política europea de la hora presente.

Londres, Agosto de 1925.

 A época actual será considerada para la experiencia política tan interesante como lo fué el Renacimiento para la experiencia artística y la Reforma para la experiencia religiosa. Aún cuando nuestros países americanos estuvieron apartados de la Gran Guerra, que precipitó la evolución actual, tienen otros problemas más urgentes y pasan por fases diversas de desarrollo económico y social, no deben mirar con indiferencia acontecimientos, de los cuales saldrá una nueva concepción del Estado, porque los hechos de Europa tendrán su repercusión entre nosotros e influirán en nuestra vida política.

Muchas renovaciones están en marcha. El último siglo de progreso científico, de transformación económica y de gobierno liberal; la Gran Guerra, con su herencia de ruinas, de institutos nuevos y de experiencia, y, por último, la intervención del Oriente

en la vida del mundo, han desencadenado muchas fuerzas y arrojado en medio de las sociedades fermentos de futuro. Es difícil descubrir las direcciones y la meta de influencias tan variadas. Se percibe, sin embargo, en tan disparatada actividad, algún movimiento más considerable que los otros, y, al parecer, capaz de darle fisonomía a la época.

El prodigioso desarrollo de la técnica de las comunicaciones, que ha empequeñecido el mundo y hecho fácil la circulación de los hombres, de las ideas y de las riquezas; que ha establecido el contacto entre todas las razas y todas las civilizaciones del planeta, y, que, en fin, ha alargado hasta lo posible el ritmo y el radio de la actividad humana, ha acabado ya la unidad económica de la Tierra y está componiendo en otros dominios una sociedad que la comprenderá toda entera, algo así como la «Ciudad de Dios» que se afanó en construir el catolicismo de la Edad Media.

Este hecho parece dominar la época actual. El ideal wilsoniano, el comunismo ruso, las ideas de ciertos visionarios asiáticos, como Gandhi, se proponen construir la unidad del mundo. Y no hay duda de que la unificación progresa con ritmo irregular pero incesante. La universalidad de la ciencia experimental y los fenómenos de interdependencia y de solidaridad, que se manifiestan ya en ciertos campos de la vida social, han provocado la creación de institutos internacionales de coordinación y de centralización, y muchos surgirán en el porvenir, porque uno tras otro los problemas sociales y económicos requerirán soluciones mundiales.

Pero si esa unificación parece un hecho ineluctable, su realización es quizá todavía lejana, porque faltan un plan único de acción y un órgano de autoridad suficiente, capaz de afrontar y resolver los problemas que presenta. La idea wilsoniana, el programa de Lenin, el plan de los asiáticos, se combaten mutuamente, y las fuerzas internacionalizantes, que podrían formar un conjunto imponente, se restan, aisladas y adversas, mucho poder. La Sociedad de las Naciones está en marcha, pero muy lentamente, porque debe luchar a la vez con las resistencias

conservadoras de los Gobiernos y la audacia arrebatada y peligrosa de los internacionalismos extremos. El comunismo ruso tiene un mito en pleno verdor y un equipo de agresivos, pero su técnica es todavía rudimentaria. La religión de la humanidad de Gandhi y de los asiáticos es una fe obscura y más que todo un arma de combate. En estas condiciones, en frente de las consecuencias de una unificación en acto y de la anarquía de las fuerzas internacionalizantes, es necesario que los Estados particulares se apresten a resolver las dificultades y los problemas de la nueva situación.

En las grandes naciones, cuya red de intereses es muy extensa, la solución de los problemas de política económica y social, y aún de los que parecen puramente políticos, está dominada por factores en su mayoría extraños a los Estados mismos y que éstos difícilmente controlan. Los ejemplos concretos huelgan. Para los Gobiernos de los grandes países la actividad esencial es la política exterior. Ahora bien, los parlamentos, en que predominan los intereses de las facciones, compuestos principalmente de demagogos irresponsables e incapaces, en todo caso, muy numerosos, no tienen aptitudes para la política exterior, ni tampoco los Gobiernos partidarios que éstos engendran, expresión de intereses limitados y pasajeros, de duración precaria. El sufragio universal, con el absurdo sistema en que se cuentan los votos en vez de pesarlos, vicia en su origen estas instituciones e impide una selección eficiente. La política exterior fecunda la hicieron en Roma, en Venecia, en Inglaterra las élites reducidas, capaces de larga visión, de voluntad imperiosa, de acción rápida y continua, y es conveniente, en este ramo de la administración, volver a un sistema que corrija los inconvenientes del sufragio universal y que tenga las ventajas de la organización militar y de la concepción romana y católica del Estado.

La unificación del mundo y la nueva importancia asumida por la política exterior son el factor primordial, y podría decirse, externo, de los cambios actuales. Otro factor considerable, que puede llamarse interno, es la transformación de las funciones

del Estado. Hasta comienzos del siglo pasado su misión fué la de dirigir la vida moral y jurídica de los pueblos. Hoy, su papel más importante es el de conducir la vida material. La administración de una nación moderna es un mecanismo complicado, cuyo funcionamiento está sometido a una técnica más o menos objetiva y estable, y cuyo rendimiento depende más del progreso de los procedimientos empleados, que del predominio de alguna clientela electoral o de ciertas ideas políticas. En estos ramos es necesario disminuir los poderes de las asambleas parlamentarias y aumentar la influencia de las comisiones técnicas, sustituir las pujas electorales por las luchas de capacidad. La liquidación de la guerra ha hecho más urgente esta tarea: las ruinas por reparar, la miseria, los peligros de descomposición social, el nuevo equilibrio de fuerzas políticas que se está realizando en el mundo, sobre todo en virtud de la agitación del Oriente, imponen a ciertos Gobiernos una actividad sobrehumana. Son problemas urgentes, que es indispensable resolver sin retardo, que alejan toda veleidad de discusión e imponen una mentalidad guerrera.

En la crisis actual no está en juego la libertad abstracta, panacea universal de los liberales, *arca sanctorum*, tabú, y que fuera de la metafísica es más bien palabra de significado obscuro y de empleo inútil. Ni siquiera plantea ni requiere la eliminación de las libertades concretas, éticas y civiles, que son o deben ser conquistas definitivas de las sociedades humanas. Pero los intereses de una sociedad son infinitamente más considerables que los intereses de los individuos, y cada libertad concreta debe de ser reglada de acuerdo con el interés colectivo. Es imprescindible, pues, sustituir la mística de la libertad individual por la mística de la libertad nacional y de la disciplina colectiva. Esa sustitución la trae el ritmo fatal que hace prevalecer sucesivamente el principio de libertad y el principio de autoridad, la crítica y la acción, la anarquía que preña y la disciplina fecunda, ritmo que corresponde en la historia, ya a la preeminencia de las aspiraciones del espíritu, ya al predominio de las necesidades de la vida material.

Una de las condiciones para aplacar la crisis actual es la transformación del régimen parlamentario, mediante un nuevo sistema de elecciones o una disminución de sus poderes de intervención. La experiencia ha demostrado que en materia de servicios públicos, los consejos de administración, formados por técnicos, son preferibles a las asambleas de políticos locuaces y *dilettanti*. En los organismos técnicos el criterio de elección debe ser la competencia y no la habilidad política. Naturalmente, no se trata de abolir las asambleas políticas, compuestas de hombres necesariamente superficiales pero acostumbrados a ver los problemas en su conjunto y que salvan la estrechez y la falta de sentido de oportunidad que caracterizan a los técnicos especializados.

Los inconvenientes y los remedios del sistema democrático y parlamentario habían sido denunciados, mucho antes de la guerra, por los nacionalistas franceses, alemanes e italianos y por muchos estudiosos. Maurras el rudo teorizante del nacionalismo integral, en polémicas vehementes, había criticado el gobierno democrático y republicano de Francia, expresión de partidos y de intereses limitados, que desintegran las fuerzas nacionales, incapaz de trabajar para el porvenir, de gobernar con eficaz continuidad y de afirmar los intereses generales y permanentes de la nación. Proponía, como remedio, un retorno a la monarquía, a una monarquía *sui generis*, en cierto sentido creación suya, institución basilar de un Estado fuertemente organizado.

Durante y después de la guerra, el gran judío alemán Rhathenau expuso sus críticas sagaces sobre las teorías y las instituciones liberales y socialistas. Partidario de una verdadera democracia, piensa que no es posible realizarla con la concurrencia política del liberalismo ni con la concurrencia social del socialismo, que despedazan y amenguan la sociedad nacional. Más destructivo y menos eficaz todavía el terremoto comunista. El único remedio seguro es el de organizar mejor la sociedad actual, de sustituir la concurrencia por la coordinación. Será así posible aumentar el rendimiento del trabajo, evitar muchos despilfarros de energía, sumar y multiplicar el producto global

de la actividad de la nación. A pesar de su liberalismo ético y de su sentimentalismo humanitario, su Estado orgánico se parece al de los nacionalistas.

Estas ideas se habrían quedado en el dominio teórico todavía muchos años si Lenin no hubiera aparecido en las estepas eslavas derrumbando con diabólica energía la obra del pasado, amasando con la sangre y fundiendo a la llama del dolor una nueva humanidad. El comunismo, con su técnica infantil, habría arruinado las naciones industriales y superpobladas de Occidente. Fué necesario darle batalla. El liberalismo, hoy absolutamente desprestigiado, no habría ganado la victoria, que en todas partes—en Alemania, en Hungría, en Italia—fué la obra del nacionalismo.

En Italia, el fascismo convirtió la obra de los teorizantes en un acto de fe, en un movimiento religioso y guerrero, que es no sólo la reacción contra el comunismo, sino también una respuesta a la insuficiencia y al ingenuo sentimentalismo de la política exterior de Italia, a la deformación escandalosa del parlamentarismo, a las mediocres posibilidades de rendimiento de los gobiernos parlamentarios de coalición en una nación pobre y superpoblada, y, finalmente, al desperdicio de energías de las luchas políticas. Pero no es exclusivamente una reacción. Como todo gran movimiento histórico, el fascismo se ha tornado constructivo al incorporar muchos fermentos fecundos y algunas de las corrientes espirituales más activas de la vida italiana y europea.

Muchos se escandalizan y humillan ante el desenfado con que Mussolini y el fascismo atacan el liberalismo y el socialismo, que malgastan las fuerzas sociales y amenguan las posibilidades de concurrencia de la nación en el mundo. El Estado que ellos anhelan edificar es en ciertos sentidos la antítesis del liberalismo. Es más que un método, es activo, lo anima un ideal ético: la conservación y la expansión de las riquezas morales e intelectuales de cada tradición y de cada patria. En la época de la política mundial, el Estado debe unificar todas las energías nacionales, y por eso el fascismo querría acabar con la concurrencia política e imponer la paz social. Tal régimen no

puede ser tiránico ni conservador porque el interés nacional impone la elevación de las clases inferiores y hará extender, sobre todo en el dominio ético, las conquistas liberales.

Una comisión, presidida por el filósofo y senador Gentile, fué encargada de estudiar las reformas políticas indispensables y acaba de presentar a Mussolini el resultado de sus trabajos. Dichas reformas representan un esfuerzo para crear el estado orgánico y para responder a las necesidades de la sociedad actual. Los poderes del Ejecutivo serán reforzados. Los sindicatos y las cooperativas, que han estado hasta hoy al servicio de los partidos, serán reconocidos, disciplinados y tendrán representación en el parlamento e importantes funciones en la vida económica y social. Con lo cual el fascismo realizará uno de los postulados de los sindicalistas revolucionarios. Con la restauración del Ejecutivo se vuelve al Estado romano y católico. La representación de los intereses, una de las reivindicaciones de los organicistas, y el régimen de las corporaciones, son retornos a la Edad Media, que fué una época de justicia social.

Las reformas serán discutidas y reelaboradas, y es posible que de Italia salga el nuevo régimen. Ya una vez en las orillas del Mediterráneo, los helenos fundieron en una admirable concepción de la vida y en un florecimiento único del arte, de la ciencia y de la filosofía los elementos más diversos de la vida del Oriente. Después Roma hizo la síntesis del derecho y realizó el milagro de convertir la religión exclusivista de Judea en una fe universal. En las riberas del mismo mar, que ha vuelto a ser la vía maestra de las comunicaciones con el Levante, podría celebrarse el connubio del Occidente, febrilmente inquieto y mudable, cuyo individualismo es el producto de un espíritu realista y que posee el sentido de las posibilidades, y del Oriente estático, con su colectivismo autoritario, místico e iluso.

Los pueblos latinos de América tienen necesidad para su formación y en vista de su política exterior, de crear Estados fuertes, y no hay duda de que encontrarán en el nacionalismo una inspiración eficaz. El Estado fuerte no significa gobierno tiráni-

co o arbitrario, que nunca aseguró la continuidad de ningún esfuerzo social ni la concordia, y no justifica a caudillos voraces e indecentes. Al contrario, en América el interés nacional no podrá menos de aconsejar el progreso de nuestra democracia infantil y una política social avanzada y generosa.